

PREFACIO AL NUEVO TESTAMENTO

Martín Lutero

(1522)

Sería justo y apropiado que este libro se publicase sin prefacio v nombre ajeno alguno y sólo llevase su propio nombre y que hablase por sí mismo. Mas ya que, por interpretaciones y prefacios fantásticos, se ha confundido la mente de los cristianos de tal modo que casi ya no se sabe lo que significa evangelio o ley, Nuevo o Antiguo Testamento, se hace necesario poner una indicación o prefacio para librar al hombre sencillo de su anterior error, conducirlo al camino recto v enseñarle qué puede esperar de este libro, a fin de que no busque mandamientos y leyes donde debe buscar el evangelio y promesa de Dios.

Por lo tanto, es preciso saber primeramente que debemos abandonar el error de que hay cuatro evangelios y sólo cuatro evangelistas. Tenemos que rechazar la idea de algunos que dividen los libros del Nuevo Testamento en "legales, historiales, prophetales y sapientales". Crean con ello —no sé cómo— comparar el Nuevo Testamento con el Antiguo.

Por el contrario, debemos sostener enfáticamente que, así como el Antiguo Testamento es un libro en el cual están escritas las leyes y mandamientos de Dios y además la historia de los que han observado las leyes y los que no las han observado, así el Nuevo Testamento es un libro en que están escritos el evangelio y las promesas de Dios, además de la historia de los que los creen y los que no las creen. Por lo tanto, debemos tener la seguridad de que hay un solo evangelio, como también un solo libro del Nuevo Testamento y una sola fe y solamente un Dios que hace la promesa.

Evangelio es palabra griega, y significa buena nueva, buena noticia, buen informe, buen relato, del cual se canta y se habla con alegría. Por ejemplo, cuando David venció al gigante Goliath, se difundió entre el pueblo judío la buena noticia y el relato consolador de que su terrible enemigo había sido abatido y que ellos habían sido redimidos, quedando en alegría y paz, por lo cual cantaron, bailaron y estuvieron alegres. Este evangelio de Dios y Nuevo Testamento es una buena nueva y noticia, difundida por los apóstoles en todo el mundo, acerca de un verdadero David que luchó contra el pecado, la muerte y el diablo y los venció, por lo cual todos los que estaban cautivos de los pecados, torturados por la muerte y subyugados por el diablo fueron redimidos por él, sin méritos propios, justificados, vivificados y salvados, y con ello puestos en una relación de paz y reconciliación con Dios. Por tanto, cantan, dan gracias a Dios, lo alaban y se regocijan eternamente, si es que lo creen firmemente y permanecen constantes en la fe.

Este relato y nueva consoladora, o noticia evangélica y divina, se llama también Nuevo Testamento, por la siguiente razón: Como ocurre con un testamento en el que un hombre moribundo lega sus bienes para ser repartidos después de su muerte a los herederos por él nombrados, así también Cristo, antes de su muerte, mandó y ordenó que este evangelio fuera proclamado después de su muerte en todo el mundo, concediendo a todos los que creen la posesión de todos sus bienes. Esto incluye su vida, con la que superó la muerte; su justicia, con la

que anuló el pecado; y su salvación, por la cual venció la condenación eterna. Ahora el pobre hombre cautivo del pecado, de la muerte y del infierno, no puede oír nada más consolador que este mensaje precioso y consolador de Cristo, y se gozará y se alegrará en lo más profundo de su corazón, si cree que es verdad.

Así pues, para fortalecer esta fe Dios ha prometido de muchas maneras este su evangelio y testamento en el Antiguo Testamento por medio de sus profetas, como dice Pablo en Romanos 1 3: "He sido apartado para predicar el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, que le nació de la simiente", etc. Para citar algunos pasajes: Lo prometió por primera vez cuando dice a la serpiente en Génesis 3: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar". Cristo es la simiente de esta mujer quien pisoteó al diablo la cabeza, es decir, el pecado, muerte e infierno y todo su poder. Pues sin esta simiente nadie puede escapar del pecado, de la muerte y del infierno.

Asimismo, en Génesis 22, Dios prometió a Abraham: "En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra". Cristo es la simiente de Abraham, como dice San Pablo en Gálatas 3. Éste ha bendecido a todo el mundo por el evangelio. Pues donde no está Cristo, ahí está aún la maldición que recayó sobre Adán y sus hijos cuando aquél pecó, a saber, que todos han de ser culpables y sometidos al pecado, la muerte y el infierno. Frente a esa maldición, el evangelio bendice ahora a todo el mundo proclamando públicamente: Quien cree en este descendiente de Abraham, será bendito, es decir, librado del pecado, muerte e infierno, y quedará justificado, vivo y salvo para siempre, como dice Cristo mismo en Juan 11: "Todo aquel que cree en mí, no morirá eternamente".

Asimismo lo prometió a David en 2ª Samuel 17: "Levantaré después de ti a uno de tu linaje; éste me edificará una casa, y afirmaré su reino por siempre. Yo le seré a él por padre, y él me será por hijo", etc. Este es el reino de Cristo, del cual habla el evangelio, un reino eterno, un reino de vida, de bienaventuranza y de justicia, donde llegan desde la cautividad del pecado y de la muerte todos los que creen. Hay muchas otras promesas del evangelio también en los demás profetas, por ejemplo en Miqueas 5: "Pero tú, Belén, eres pequeña entre las millares de Judá; de ti me saldrá aquel que será un conductor de mi pueblo de Israel". Además, Oseas 13: "De la mano de la muerte los redimiré, los libraré de la muerte".

Vemos, pues, que no hay más que un solo evangelio, como hay solamente un Cristo, ya que el evangelio no puede ser otra cosa que una predicación de Cristo, Hijo de Dios y de David, verdadero Dios y verdadero hombre quien, con su muerte y resurrección, venció por nosotros el pecado, la muerte y la condenación eterna de todos los hombres que creen en él. Así pues, el evangelio puede ser un mensaje breve o extenso. Uno puede describirlo en forma más concisa, otro en forma extensa. Lo describe con amplitud el que relata muchas obras y palabras de Cristo, como lo hacen los cuatro evangelistas. Lo describe con brevedad el que no narra las obras de Cristo, sino que indica brevemente cómo por su muerte y resurrección venció el pecado, la muerte y el infierno para aquellos que creen en él. Así lo hacen Pedro y Pablo.

Por lo tanto, procura no hacer de Cristo un Moisés, ni del evangelio un compendio de leyes y doctrinas, como se ha hecho hasta ahora, y como lo dan a entender también ciertos prefacios, incluso el de San Jerónimo. Pues el evangelio realmente no exige nuestras propias obras para que por ellas lleguemos a ser justos y salvos; por el contrario, condena tales obras exigiendo sólo la fe en Cristo, es decir que él venció por nosotros el pecado, la muerte y el infierno, y por lo tanto nos da justicia, vida y salvación, no por nuestras obras, sino por sus propias obras, muerte y sufrimiento, a fin de que aceptemos su muerte y victoria como si nosotros mismos hubiésemos muerto y vencido.

Es cierto que, en el evangelio, Cristo, y además Pedro y Pablo, dan muchos mandamientos y enseñanzas e interpretan la ley. Pero esto debemos colocarlo en el mismo nivel que las demás obras y beneficios de Cristo. Conocer sus obras y su historia no significa todavía conocer el verdadero evangelio, pues con ello todavía no sabes que él ha vencido el pecado, la muerte y al diablo. Así, aún no tienes conocimiento del evangelio cuando conoces esas doctrinas y mandamientos, sino cuando viene la voz que dice: Cristo es tuvo con su vida, enseñanzas, obras, muerte y resurrección, y con todo lo que es, tiene, hace y puede.

Vemos también que él no compele, sino que invita amistosamente diciendo: "Bienaventurados los pobres", etc. Y los apóstoles emplean las palabras "exhorto", "suplico", "ruego", de modo que se ve en todas partes que el evangelio no es un código, sino que es una prédica de los beneficios de Cristo, ofrecidos y concedidos a nosotros en propiedad, si creemos. Moisés, en cambio, en sus libros compele, apremia, amenaza, golpea y reprende terriblemente, porque es un hombre que promulga e impone leyes.

De ahí que al creyente no se le ha dado ninguna ley por la cual pueda hacerse justo ante Dios, como dice san Pablo en 1ª Timoteo 1, ya que se justifica, vivifica y salva por la fe. No tiene necesidad de otra cosa que demostrar esa fe.

En efecto, cuando hay fe, no se puede contener, se manifiesta, confiesa y enseña ese evangelio ante la gente, aun a riesgo de su vida. Toda su vida y acción está encaminada al beneficio de su prójimo, para ayudarle: no sólo a alcanzar también esa gracia, sino también en cuerpo y bienes y honra, como ve que Cristo procedió con él, imitando así su ejemplo. Esto es también lo que enseña Cristo cuando, a la postre, no dio otro mandamiento que el amor, por el cual se reconocería a quienes son sus discípulos y verdaderos creyentes. Pues cuando no se hacen manifiestas las obras y el amor, la fe no es genuina, el evangelio no se ha arraigado, y aún no se conoce a Cristo en su verdadero alcance. Así es como debes aproximarte a los libros del Nuevo Testamento, para que sepas leerlos de esta manera.

Cuáles son los libros verdaderos y mus nobles del Nuevo Testamento De lo dicho puedes formarte un juicio claro de todos los libros y distinguir cuáles son los mejores. El Evangelio de Juan y las Epístolas de San Pablo, especialmente la que escribió a los romanos, y la Primera Epístola de San Pedro son la verdadera sustancia y médula de todos los libros. Con justa razón debieran ser los primeros; y sería recomendable que todo cristiano los lea en primer lugar y con mayor frecuencia, y que por la lectura diaria los haga tan suyos como el pan cotidiano. En éstos no se describen muchas obras y milagros de Cristo, pero se destaca magistralmente cómo la fe en Cristo vence el pecado, la muerte y el infierno, y otorga vida, justicia y bienaventuranza. Esta es la verdadera índole del evangelio, como has oído.

Pues si alguna vez tuviera que prescindir de una de las dos, de las obras o de la predicación de Cristo, preferiría carecer de las obras y no de la predicación. Las obras no me ayudarían para nada, pero las palabras dan vida, como él mismo dice. Por cuanto Juan escribe muy poco de las obras de Cristo y muchísimo de su predicación, mientras que los otros tres evangelistas escriben mucho de sus obras y poco de sus palabras, es el evangelio de Juan, en particular, el evangelio sublime, verdadero y principal, que se debe preferir mucho más y anteponer a los otros tres. También las epístolas de San Pablo y de San Pedro superan en mucho a los tres evangelios de Mateo, Marcos y Lucas.

En resumen, el Evangelio de San Juan y su Primera Epístola, las epístolas de San Pablo, principalmente las que escribió a los roma nos, a los gálatas y a los efesios, y la primera de San Pedro, son los libros que te muestran a Cristo y te enseñan todo lo que te es necesario y saludable saber, aun cuando no veas u oigas ningún otro libro ni doctrina alguna. Por esa razón,

la epístola de Santiago es en comparación con ellas, una epístola sosa, porque no tiene nada de índole evangélica. Pero de esto hablaré en otros prefacios.

PREFACIO A LOS HECHOS DE LOS APÓSTOLES

(1533)

Contrariamente a lo que solía hacerse a veces, este libro no se debe leer y considerar como si San Lucas hubiera descrito en él la obra o historia personal de los apóstoles como ejemplo de buenas obras o de vida piadosa. Incluso San Agustín y muchos otros sostenían que el mejor ejemplo del libro consistía en el hecho de que los apóstoles tenían todos los bienes en común con los demás cristianos, etc.¹, práctica que, sin embargo, no duró mucho y tuvo que desaparecer pronto. Antes bien, es de advertir que en este libro San Lucas enseña a todos los cristianos, hasta el fin del mundo, la verdadera parte principal de la doctrina cristiana: todos tenemos que ser justificados sólo por la fe en Jesucristo, sin ninguna asistencia de la ley o auxilio de nuestras obras.

Esta doctrina es su intención principal y el motivo para escribir este libro. Por eso recalca insistentemente, no sólo la predicación de los apóstoles acerca de la fe en Cristo, que tanto gentiles como judíos debían ser justificados sin ningún mérito ni obra, sino también los ejemplos y sucesos de esa doctrina, que tanto gentiles como judíos fueron justificados sólo por el evangelio sin la ley. Además demuestra., citando el testimonio de Pedro en los capítulos 10 y 15, que Dios no hacía distinción en este sentido entre judíos y gentiles, sino que, así como a los gentiles, que vivían sin la ley, les dio el Espíritu Santo por el evangelio, así lo dio también a los judíos por el evangelio y no por la ley o por sus obras y méritos. Así Lucas presenta en este libro paralelamente la doctrina de la fe y también los ejemplos de la fe.

Por eso, este libro bien podría llamarse un comentario de las epístolas de San Pablo. Lo que San Pablo enseña e inculca con palabras y pasajes de la Escritura, San Lucas lo señala y demuestra aquí con ejemplos e historias de que ha acontecido y tiene que acontecer así como lo enseña San Pablo, a saber, que ninguna ley ni ninguna obra hacen justo al hombre, sino solamente la fe en Cristo. En este libro, pues, encuentras un excelente espejo en el cual puedes observar que es verdad que "Sola fides iustificat", sólo la fe justifica. Para esto figuran todos los ejemplos y sucesos, como testigos ciertos y consoladores, que no mienten ni engañan.

Pues fíjate cómo fue convertido el propio Pablo y cómo es convertido el pagano Cornelio por la palabra de San Pedro², conforme a lo que le había dicho antes el ángel de que Pedro le predicaría, por lo cual sería salvado. Otro ejemplo es el procónsul Sergio y todas las ciudades donde predicaron Pablo y Bernabé. Fíjate en el primer concilio de los apóstoles en Jerusalén, en el capítulo 15; fíjate en toda la predicación de San Pedro, Esteban y Felipe, y advertirás que todo tiende al mismo fin; debemos llegar a la gracia y ser justificados sólo por la fe en Cristo sin ley ni obras. Y de esta manera con este libro se puede tapar la boca en forma magistral y contundente a los adversarios que nos remiten a la ley y a nuestras obras, revelando su necia irreflexión ante todo el mundo.

¹ Hch. 2:44 y sig.; Hch. 4:32 y sigs.

² Hch. 10:1-8; Hch. 10:30-33.

Por eso, dice también Lucas que estos ejemplos de la fe confundían gravemente a los judíos piadosos que se habían convertido, y que los otros, los judíos incrédulos, se enojaron y se enfurecieron por ello. Lo cual no es de extrañar, porque habían sido educados en la ley y estaban acostumbrados a ella desde Abraham: debía ser enojoso para ellos que los gentiles, los cuales no tenían ley ni Dios, fueran equiparados a ellos en la gracia de Dios. Pero que nuestro pueblo, siendo todos gentiles, ultraje y persiga este artículo de tal manera, es diez veces peor. Pues vemos aquí, y no lo podemos negar, que la gracia de Dios y el conocimiento de Cristo llegaron a nuestros antepasados sin ley ni mérito, incluso en medio de horribles idolatrías y vicios.

Pero los que así actúan conseguirán con su difamación y persecución lo mismo que lograron los judíos con su rabia y enfurecimiento. El que antaño amenazó a los judíos e hizo cantar por Moisés³: "Os moveré a celos con lo que no es mi pueblo, os provocaré a ira con una nación insensata", el que hizo anunciar por Oseas en el segundo capítulo: "Llamaré pueblo mío al que no lo es" (es decir, que vive sin ley y sin obras), y así lo cumplió, este mismo amenaza de igual manera a los difamadores de hoy día, y de seguro cumplirá con su advertencia, como ya lo ha iniciado. Pero ellos no lo creerán hasta que lo experimenten como los judíos. Amén.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA A LOS ROMANOS

(1522)

Esta epístola es la verdadera parte principal del Nuevo Testamento y el evangelio más puro. Es digna de que todo cristiano, no solo la sepa de memoria palabra por palabra, sino también de que se ocupe en ella como su pan cotidiano del alma. Pues nunca puede llegar a ser leída o ponderada lo suficiente; y cuanto más se la estudia, tanto más preciosa y apetecible se vuelve. Por tal motivo, quiero hacer mi aporte y facilitar el acceso a ella mediante este prefacio —en cuanto Dios me ha dado capacidad— para que sea entendida mejor por todos. Porque hasta ahora ha sido oscurecida en forma lamentable con comentarios y toda clase de charlatanerías, si bien en sí misma es una luz brillante casi suficiente para iluminar toda la Escritura.

Ante todo, debemos conocer su lenguaje, de manera que sepamos lo que San Pablo quiere decir con palabras como: ley, pecado, gracia, fe, justicia, carne, espíritu, y otras semejantes; pues de lo contrario la lectura no tendrá ningún provecho.

La palabrita ley no debe entenderse aquí en sentido humano, es decir, como enseñanza de las obras que hay que hacer y las que hay que evitar, lo que es propio de leyes humanas, que se cumplen con obras, aunque el corazón no sea partícipe. Dios juzga lo íntimo del corazón. Por eso, su ley le exige a lo más íntimo del corazón, y no se satisface con obras; por el contrario, censura las que no proceden de un corazón sincero, como hipocresías y mentiras. Por eso se llama mentirosos a todos los hombres en el Salmo 116, precisamente porque ninguno guarda o puede guardar la ley de todo corazón. Pues cualquiera encuentra en sí mismo desgano para realizar el bien y placer para realizar el mal. Cuando no existe el libre placer de hacer el bien, tampoco existe esa íntima armonía del corazón con la ley que Dios: entonces ciertamente también hay pecado e ira merecida de Dios, aunque exteriormente aparezcan muchas obras buenas y una vida honrada.

³ Dt. 32:21.

Por eso concluye San Pablo en el segundo capítulo que todos los judíos son pecadores, y afirma que solamente los que hicieron la ley están justificados ante Dios. Quiere decir con ello que nadie se considere cumplidor de la ley por el solo hecho de realizar las obras de la ley, sino que les dice: "Tú enseñas que no se debe cometer adulterio, pero tú adulteras". Lo mismo: "En lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo, porque lo que juzgas lo haces tú mismo". Como si dijese: Tú vives muy bien exteriormente en las obras de la ley y enjuicias a los que no viven así, y sabes enseñar a cualquiera; ves la astilla en el ojo ajeno, pero quieres ignorar la viga en el propio. Porque, aunque exteriormente guardas la ley con obras por temor al castigo o por amor al premio, sin embargo todo lo haces sin amor espontáneo de la ley, sino con desgano y por obligación; y con gusto actuarías de otra forma, si la ley no existiese. De ahí se deduce que tú eres enemigo de la ley en lo íntimo de tu corazón. ¿Qué significa que enseñes a otros a no hurtar, cuando tú mismo en lo íntimo de tu corazón eres un ladrón y lo serías exteriormente si pudieras? Claro que a menudo también la obra exterior no se hace esperar largo tiempo en tales hipócritas. Por lo tanto, enseñas a otros, pero no a ti mismo. Tú mismo no sabes lo que enseñas y nunca has entendido correctamente la ley. En efecto, la ley aumenta además el pecado, como dice el apóstol en el capítulo 5, puesto que el hombre se hace más enemigo de la ley cuanto más le exige lo que no puede hacer. Por eso dice en el capítulo séptimo: "La ley es espiritual". ¿Qué es esto? Si la ley fuera corporal, entonces bastaría con las obras. Pero como es espiritual, no basta con las obras, salvo que todo lo que hagas se haga verdaderamente de corazón. Pero nadie da un corazón semejante, sino el Espíritu de Dios, que hace al hombre concordar con la ley, de manera tal que siente agrado por ella de todo corazón y en adelante hace todo no por temor ni obligación, sino con libre corazón. De tal forma la ley es espiritual que quiere ser amada y cumplida por corazones espirituales y exige un espíritu tal. Si no se halla este espíritu en el corazón, entonces queda el pecado, el desgano, la enemistad contra la ley que es sin embargo buena, justa y santa.

Acostúmbrate, pues, a esta forma de hablar: Una cosa es realizar las obras de la ley y otra cosa muy distinta, cumplir la ley. Las obras de la ley es todo lo que el hombre hace y puede hacer en conformidad con la ley por su libre voluntad y por sus propias fuerzas. Pero dado que bajo y junto a esas obras permanece en el corazón el desgano y la obligación hacia la ley, por ese motivo todas esas obras son pérdidas y sin ninguna utilidad. Esto quiere expresar San Pablo en el capítulo tercero cuando dice: "Ningún hombre será justificado ante Dios mediante las obras de la ley". Por eso puedes ver ahora que los disputadores escolásticos y sofistas son seductores, cuando enseñan prepararse con obras para la gracia. ¿Cómo se puede preparar con obras para el bien aquel que al ejecutar cualquier obra buena lo hace con desgano y contra su voluntad en su corazón? ¿Cómo podrá agradar a Dios lo que proviene de un corazón desganado y mal dispuesto?

Pero cumplir la ley es hacer sus obras con placer y amor, vivir de una manera piadosa, y buena sin su imposición, como si la ley o el castigo no existieran. Pero tal placer de amor espontáneo lo produce en el corazón el Espíritu Santo, como dice en el capítulo quinto⁴. Mas el espíritu no es dado sino solamente en, con o por la fe en Jesucristo, como dice en la introducción. Y la fe no viene sino solamente por la palabra de Dios o el evangelio que predica a Cristo, que es hijo de Dios y hombre, muerto y resucitado por nosotros, como afirma en los capítulos tercero, cuarto y décimo.

De aquí proviene que solamente la fe justifique y cumpla la ley pues obtiene el espíritu por el merecimiento de Cristo, espíritu que hace al corazón alegre y libre como lo exige la ley; de este modo las buenas obras provienen de la fe misma. Esto es lo que indica en el capítulo 3,

⁴ Ro. 5:5.

después de haber rechazado las obras de la ley, dando la impresión de que quisiera suprimirla mediante la fe. No, dice, nosotros establecemos la ley mediante la fe, esto es, la cumplimos mediante la fe.

La Sagrada Escritura llama pecado, no solamente a la obra exterior del cuerpo, sino a todas las actividades que impulsan o mueven hacia ella, es decir, lo íntimo del corazón con todas sus fuerzas. Por consiguiente, la palabrita "hacer" significa que el hombre se entrega completamente al pecado. Pues no se produce ninguna obra exterior del pecado a menos que el hombre se empeñe en ella con cuerpo y alma. La Escritura mira especialmente al corazón y a la raíz y a la fuente principal de todo pecado: la incredulidad en lo íntimo del corazón. Así como solamente la fe justifica, trayendo consigo el espíritu y el placer para las buenas obras exteriores, de la misma manera también solamente la incredulidad peca e incita a la carne y la hace complacerse por las malas obras exteriores, como ocurrió con Adán y Eva en el Paraíso, en Génesis 3.

Por eso Cristo llama pecado solamente a la incredulidad, cuando dice en Juan 16: "El espíritu castigará al mundo por los pecados, porque no han creído en mí". Por eso también, antes que ocurran buenas o malas obras, como sucede en los buenos o malos frutos, debe existir primero en el corazón la fe o la incredulidad, como raíz, como savia y fuerza principal de todos los pecados, que es llamada en la Escritura la cabeza de la serpiente y del viejo dragón que sería pisoteada por la estirpe de la mujer, por Cristo, como fue prometido a Adán.

La diferencia entre gracia y dádiva es que gracia significa propiamente benevolencia o favor de Dios que él abriga consigo mismo hacia nosotros y que le inclina a darnos a Cristo, al Espíritu con sus dones. Así lo evidencia en el capítulo quinto cuando dice: "La gracia y el don en Cristo, etc..." Aunque los dones y el espíritu crezcan diariamente en nosotros —no llegando nunca a ser perfectos, de manera que aún permanecen en nosotros malos deseos y pecado, que luchan contra el espíritu, como afirma más adelante (Romanos 7, Gálatas 5) y como se promete en Génesis 3 la lucha entre la estirpe de la mujer y de la serpiente— sin embargo la gracia hace tanto que nos podemos considerar completamente justificados ante Dios; ella no se divide ni se fracciona, como ocurre con los dones, sino que nos incorpora totalmente en su benevolencia, por causa de Cristo, nuestro intercesor y mediador, y por haber comenzado los dones en nosotros.

En esta forma entiendes, pues, el capítulo séptimo, en el que San Pablo se llama todavía pecador y, sin embargo, afirma en el octavo que no hay nada de condenable en aquellos que están en Cristo a causa de los imperfectos dones y del espíritu. Somos todavía pecadores, por causa de la carne que todavía no ha muerto, pero porque creemos en Cristo y tenemos el principio del espíritu, Dios es tan favorable y misericordioso para con nosotros, que no considera tales pecados ni quiere juzgarlos, sino que procederá con nosotros según nuestra fe en Cristo, hasta que el pecado sea suprimido.

La fe no es la ilusión humana o el sueño que algunos consideran como tal y cuando ven que no sigue un mejoramiento de la vida ni obras buenas, aunque sin embargo pueden oír y hablar mucho sobre ella, entonces caen en el error y afirman que la fe no es suficiente, de manera que habría que hacer obras para ser bueno y salvo.

Esto sucede cuando escuchan el evangelio y vienen después y se forman por propia cuenta un pensamiento en el corazón que les dice: yo creo; eso lo consideran después una fe correcta; pero, como es una invención humana y un pensamiento que nunca se experimenta en lo íntimo del corazón, entonces nada se llega a producir y no sigue ninguna mejora.

Pero la fe es una obra divina en nosotros que nos transforma y nos hace nacer de nuevo de Dios, Juan 1; mata al viejo Adán y nos hace ser un hombre distinto de corazón, de ánimo, de sentido y de todas las fuerzas, trayendo el Espíritu Santo consigo. La fe es una cosa viva,

laboriosa, activa, poderosa, de manera que es imposible que no produzca el bien sin cesar. Tampoco interroga si hay que hacer obras buenas, sino que antes que se pregunte las hizo y está siempre en el hacer. Pero quien no hace tales obras es un hombre incrédulo, anda a tientas. Busca la fe y las buenas obras y no sabe lo que es fe o las buenas obras, y habla y charla mucho sobre ambas.

La fe es una viva e inmovible seguridad en la gracia de Dios, tan cierta que un hombre moriría mil veces por ella. Y tal seguridad y conocimiento de la gracia divina hace al hombre alegre, valiente y contento frente a Dios y a todas las criaturas, que es lo que realiza el Espíritu Santo en la fe. Por eso se está dispuesto y contento sin ninguna imposición para hacer el bien y servir a cualquiera, para sufrir todo por amor y alabanza a Dios que le ha mostrado tal gracia. Por consiguiente, es imposible separar la obra de la fe, tan imposible como es separar el arder y el resplandecer del fuego. Por ello debes tener tanto cuidado ante tus propios falsos pensamientos y ante inútiles charlatanes que quieren ser inteligentes para juzgar sobre las buenas obras y son los más torpes.

Ruega a Dios para que produzca en ti la fe, de lo contrario quedarás eternamente privado de ella, aunque inventes o hagas lo que quieras o puedas.

Ahora bien, la justicia es tal fe y se llama justicia de Dios o que vale ante Dios, por el hecho de que es un don de Dios y hace que el hombre le dé a cada uno lo que le debe. Pues por la fe llega a ser el hombre libre de pecado y a cumplir con agrado los mandamientos de Dios; con ello da a Dios la honra que le corresponde y le paga lo que le debe. Pero al hombre le sirve voluntariamente con lo que puede y paga también con ello a cualquiera. Tal justicia no puede ser realizada por la naturaleza, por la libre voluntad y por nuestras fuerzas. Pues así como nadie se puede dar a sí mismo la fe, así tampoco nadie puede quitarse la incredulidad. ¿Cómo quiere, pues, quitarse un solo pecado y aunque fuera el más pequeño? Por eso es falsedad, hipocresía y pecado lo que ocurre fuera de la fe o en la incredulidad, Romanos 14, por más que sea en apariencia.

La carne y el espíritu no debes comprenderlos aquí como si la primera fuese solamente lo que concierne a la impureza y el segundo a lo interior del corazón. Pablo llama carne, igual que Cristo, Juan 3, a todo lo nacido de carne, todo el hombre con cuerpo y alma, con la razón y todos los sentidos. Precisamente porque todo en el hombre tiende hacia la carne, de modo que también puedes llamar carnal a aquel que sin la gracia inventa mucho sobre elevadas cuestiones espirituales, enseña y parlotea. Lo puedes aprender muy bien de las obras de la carne según Gálatas 5, donde el apóstol llama obra de la carne también a la herejía y al odio. Y en Romanos dice que, mediante la carne, la ley se debilita, lo que no se afirma respecto a la impureza, sino todos los pecados y principalmente respecto a la incredulidad que es el más espiritual de los vicios.

Por otra parte, también tienes que llamar espiritual a aquel que realiza las obras más externas, como Cristo al lavar los pies de los discípulos y Pedro al conducir la barca y pescar. Por consiguiente, la carne es un hombre que vive y realiza interna y externamente lo que sirve para utilidad de la carne y de la vida temporal. El espíritu es el hombre que vive y realiza interna y externamente lo que está al servicio del espíritu y de la vida eterna. Sin esta comprensión de esas palabras nunca entenderás esta epístola de San Pablo ni ningún libro de la Sagrada Escritura. Por ello, debes precaverte de todos los maestros que utilizan estas palabras en otro sentido, sea quien fuere, Jerónimo, Agustín, Ambrosio, Orígenes, semejantes a ellos o aun superiores. Ahora consideremos la epístola.

Es deber de un predicador evangélico que en primer término mediante la revelación de la ley y de los pecados castigue todo y declare como pecado todo lo que no es vivido como

procedente del espíritu y de la fe en Cristo, de modo que los hombres sean conducidos hacia el conocimiento de sí mismos y de su miseria, para que se hagan humildes y deseosos de ayuda. De la misma forma lo hace San Pablo y comienza en el primer capítulo a castigar los pecados graves y la incredulidad que son visibles a la luz del día, como los pecados que se dieron y aún se dan en los paganos que viven sin la gracia de Dios, y afirma que mediante el evangelio la cólera de Dios se revelará desde el cielo sobre todos los hombres a causa de su ateísmo y de su injusticia. Porque si bien saben y ven diariamente que hay un Dios, sin embargo, la naturaleza en sí, fuera de la gracia, es tan perversa que ni le agradece ni le honra; por el contrario, se enpegue a sí misma y cae sin cesar en acciones peores, hasta que después de la idolatría también produce los más vergonzosos pecados y los vicios sin pudor, y además permite que otros lo hagan en forma, impune.

En el capítulo siguiente extiende tal castigo aun a aquellos que tan buenos aparecen externamente o los que pecan en secreto, como ocurría con los judíos y como sucede actualmente con todos los hipócritas que de mala gana viven correctamente y en el fondo del corazón son enemigos de la ley de Dios, pero que, sin embargo, hallan un placer en juzgar a otras personas, lo que es propio de todos los impostores que se consideran a sí mismos puros, pero que están llenos de la avaricia, del odio, del orgullo, y de toda la inmundicia, Mateo 23. Precisamente son aquellos que desprecian la bondad de Dios y que por su dureza acumulan la cólera sobre ellos. De esta manera San Pablo, como un auténtico intérprete de la ley, a nadie deja sin pecado, sino que anuncia la cólera de Dios a todos los que quieren vivir correctamente por su propia naturaleza o por libre voluntad, y no los hace aparecer mejores que a los pecadores públicos; en efecto, afirma que son duros de corazón e impenitentes.

En el capítulo tercero los coloca a todos en un mismo grupo y dice que uno es como el otro, todos pecadores ante Dios, excepto que los judíos tenían la palabra de Dios, aunque muchos no creyeron en ella; pero con eso no pierde validez la fe y la verdad de Dios, y agrega una afirmación del Salmo 50, que Dios permanece justo en su palabra. Después insiste de nuevo y demuestra también mediante la Escritura que todos son pecadores y que por las obras de la ley nadie es justificado, sino que la ley fue dada solamente para reconocer los pecados. Después comienza y muestra el recto camino para llegar a ser bueno y salvo, y afirma: Todos son pecadores y sin la gloria de Dios, deben ser justificados sin merecimiento alguno por la fe en Jesucristo quien, nos lo ha hecho merecido por su sangre y ha llegado a ser un instrumento de propiciación por parte de Dios que nos perdona nuestros pecados anteriores para probar con ello que su justicia, que él entrega en la fe, es la única que nos ayuda. En aquel tiempo fue revelada mediante el evangelio y antes atestiguada por la ley y los profetas. Así la ley se establece mediante la fe, aunque con ello caen las obras de la ley con toda su gloria.

En el capítulo cuarto —ya que en los primeros tres capítulos se pusieron de manifiesto los pecados y se enseñó el camino de la fe para la justicia— comienza a enfrentarse a algunas objeciones y protestas; en primer término, considera aquella que en general levantan los que oyen que la fe hace justo sin obras y dicen: ¿no hay que hacer ahora buenas obras? Él mismo cita aquí el caso de Abraham y dice: ¿Qué hizo pues Abraham con sus obras? ¿Fue todo de balde? ¿No tenían sus obras ninguna utilidad? Y concluye que Abraham, sin obra alguna, solamente mediante la fe ha sido justificado de tal manera que antes de la obra de su circuncisión fue ensalzado como justo por la Escritura solamente a causa de su fe, Génesis 15. Pero si la obra de la circuncisión no hizo nada con respecto a su justicia, que sin embargo Dios le mandó y que era una buena obra de obediencia, entonces ciertamente no habrá ninguna otra obra que haga algo con respecto a la justicia. Mas, como la circuncisión de Abraham era un signo exterior para que probara su justicia en la fe, así todas las buenas obras son solamente signos exteriores que resultan de la fe y

muestran, como los buenos frutos, que el hombre ya está justificado interiormente ante Dios. De esta manera, confirma ahora San Pablo con un excelente ejemplo de la Escritura la doctrina de la fe expuesta en el capítulo tercero y agrega todavía un testigo, David, en el Salmo 13 que también sostiene que el hombre sin obras es justificado, aunque no dejará de hacer obras cuando esté justificado. Después extiende el ejemplo a todas las obras de la ley y concluye que los judíos no pueden ser herencia de Abraham solamente por causa de la sangre, mucho menos aún por causa de las obras de la ley, sino que deben heredar la fe de Abraham si quieren ser herederos auténticos; porque Abraham, antes de la ley —ambas, tanto la de Moisés como la de la circuncisión— fue justificado por la fe y es llamado el padre de todos los creyentes. Además, la ley produce más ira que gracia, porque nadie la cumple con amor y gusto, de modo que la ley produce más no-gracia que gracia. Por eso solamente la fe puede alcanzar la gracia prometida a Abraham, porque también esos ejemplos han sido escritos para nosotros, con el objeto de que también nosotros creyésemos.

En el capítulo quinto se refiere a los frutos y obras de la fe: paz, alegría, amor a Dios y al prójimo; además, seguridad, intrepidez, resolución, valor y esperanza en la tristeza y en el sufrimiento. Pues todo esto es lo que sigue cuando la fe es correcta a causa del bien superabundante que Dios nos muestra en Cristo, a quien dejó morir por nosotros, antes que se lo pidiéramos, más aún cuando todavía éramos enemigos. Por consiguiente, es evidente que la fe sin obra alguna justifica, de lo cual no se deduce, sin embargo, que por ello no se deba hacer ninguna obra buena, sino que por el contrario, las obras verdaderas no deben quedar afuera; de ellas nada saben los falsos devotos que inventan propias obras en las que no hay ni paz, ni alegría, ni seguridad, ni amor, ni esperanza, ni intrepidez, ni ninguna clase de verdadera obra y fe cristiana.

Después hace una agradable digresión y un rodeo y relata de dónde provienen ambos, el pecado y la justicia, la muerte y la vida, confrontando finalmente a ambos: Adán y Cristo. Quiere decir: por eso tuvo que venir Cristo, otro Adán, que nos dejara la herencia de su justicia, mediante un nuevo y espiritual nacimiento en la fe, así como aquel Adán nos dejó como herencia el pecado mediante el original nacimiento carnal. Pero se manifiesta y se confirma con ello que nadie puede con las obras liberarse a sí mismo del pecado y llegar a la justicia, así como tampoco puede evitar nacer corporalmente. Con eso se demuestra también que la ley divina —que por lógica debería ayudar— si es que puede ayudar algo para la justicia, no solamente no ha ayudado, sino que también ha aumentado los pecados, por el hecho de que la mala naturaleza se hace tanto más enemiga de la ley y quiere satisfacer sus apetitos tanto más cuanto más se lo prohíbe la ley. De esta manera la ley hace aún más necesario a Cristo y exige más gracia que ayude a la naturaleza.

En el capítulo sexto considera la obra especial de la fe, la lucha del espíritu con la carne, dirigida a matar completamente los pecados y placeres restantes que quedan después de la justificación y nos enseña que nosotros no estamos liberados por la fe, de manera que podamos estar ociosos, flojos y seguros, como si ya no existiera ningún pecado. El pecado sigue existiendo pero no conduce a la condenación a causa de la fe que lucha contra él. Por eso, durante toda nuestra vida tenemos bastante que hacer con nosotros mismos, para subyugar nuestro cuerpo, matar sus apetitos y doblegar sus miembros, de manera que sean obedientes al espíritu y no a los placeres, a fin de que seamos iguales a Cristo en su muerte y resurrección y realicemos nuestro bautismo que significa también la muerte de los pecados y una nueva vida en la gracia hasta que, totalmente puros de pecados, resucitemos en forma corporal con Cristo y vivamos eternamente.

Y esto lo podemos hacer porque, afirma él, estamos en la gracia y no en la ley. Esto lo interpreta de manera tal que no estar en la ley no debe significar no tener ninguna ley, de modo que se pueda hacer lo que cada cual quiera, sino que estar bajo la ley significa ocuparse en sus

obras sin la gracia. Entonces dominará ciertamente el pecado por la ley, porque nadie siente una inclinación natural por ella; pero esto mismo es un gran pecado. La gracia, por el contrario, nos hace amable la ley, de modo que el pecado ya no existe y la ley no está más en oposición, sino de acuerdo con nosotros.

Esta es la verdadera libertad del pecado y de la ley, de lo cual habla hasta el final de este capítulo; es una libertad para hacer sola y gustosamente el bien y para vivir de una manera piadosa sin la imposición de la ley. Por tal motivo, tal libertad es una libertad espiritual, que no suprime la ley, sino que ofrece lo que es exigido por ella, es decir, el placer y el amor para que la ley sea silenciada y no tenga más que ejercer o exigir. Es lo mismo que si tuvieras alguna deuda con un señor feudal y no pudieras pagar. Podrías deshacerte de él de dos maneras: o bien que no tomara nada de ti y rompiera su registro de deudas o que algún hombre bondadoso pagara en tu lugar y te diera lo suficiente para que salieras de la deuda. De esta manera nos ha liberado Cristo de la ley. Por eso no es una libertad desordenada y corporal que no tenga que hacer nada, sino una libertad que hace muchas y muy diversas obras, pero que está libre de la exigencia y de la deuda de la ley.

En el capítulo séptimo confirma lo anterior mediante una comparación con la vida matrimonial. Cuando un hombre muere, entonces su mujer vuelve a estar soltera y uno está separado del otro definitivamente; pero no de tal manera que la mujer no pueda o que no le esté permitido tomar a otro hombre por esposo, sino más aún, está en completa y verdadera libertad para hacerlo; lo que no podía hacer antes que muriera su esposo. Así nuestra conciencia está atada a ese hombre viejo y pecador; cuando éste perece mediante el espíritu, entonces está la conciencia libre y separada de la ley, no en el sentido de que la conciencia no tenga que hacer nada, sino que debe primera y realmente atarse a Cristo, el otro esposo, y llevar fruto en la vida.

Después expone la naturaleza del pecado y de la ley, a saber cómo mediante la ley se excita tanto más y se hace poderoso el pecado. Porque el hombre viejo se hace siempre más enemigo de la ley, porque no puede pagar lo que es exigido por ella.

Pues el pecar es su naturaleza y no puede por sí mismo hacer otra cosa; por eso es la ley su muerte y su martirio. No es que la ley sea mala, sino que la mala naturaleza no puede soportar lo bueno, es decir que la ley exija de él algo bueno. Lo mismo que un enfermo no puede soportar que se exija que corra y salte y haga otras obras propias de un sano.

Por eso concluye aquí San Pablo que donde la ley se comprende bien y es captada de la mejor manera, allí no hace más que recordarnos de nuestros pecados y nos mata mediante los mismos y nos hace merecedores de la ira eterna, lo que se aprende y se experimenta tan bien en la conciencia, cuando es tocada seriamente por la ley. Por consiguiente hay que tener algo distinto y superior a la ley para hacer al nombre bueno y salvo. Los que no entienden correctamente la ley son ciegos; se portan con temeridad y piensan satisfacer la ley con obras, pues no saben cuánto exige la ley, es decir, un corazón libre, de buena voluntad, alegre. Por ello no pueden mirar a Moisés directamente a la cara; pues está cubierta y tapada para ellos por un velo.

Después muestra cómo el espíritu y la carne luchan entre sí en un hombre y se coloca él mismo como ejemplo, para que aprendamos a conocer la obra de matar los pecados en nosotros. Pero él llama a ambos, al espíritu y a la carne, una ley, porque así como es propio de la ley divina que impulse y exija, así también la carne impulsa, exige y se rebela contra el espíritu y quiere ver cumplido su deseo. Esta lucha permanece en nosotros mientras vivimos; en algunos, más, en otros menos, según que el espíritu o la carne llegue a ser más fuerte; y sin embargo el hombre mismo en su totalidad es ambas cosas, espíritu y carne; este hombre lucha consigo mismo hasta que llegue a ser completamente espiritual.

En el capítulo octavo consuela a tales luchadores con que tal carne no condena, y muestra además la naturaleza de la carne y del espíritu y cómo el espíritu viene de Cristo que nos ha dado su Espíritu Santo que nos hace espirituales y modera la carne y nos asegura que no obstante somos hijos de Dios, aunque el pecado desencadene en nosotros su furor, siempre que sigamos al espíritu y nos oponamos al pecado para matarlo. Como nada mejor existe para suprimir la carne que la cruz y el sufrimiento, nos consuela en el sufrimiento mediante la asistencia del espíritu, del amor y de todas las creaturas, es decir, ambas cosas: el espíritu suspira en nosotros y la creatura anhela en nosotros que seamos liberados de la carne y del pecado. Así podemos ver que estos tres capítulos se dirigen hacia la misma obra de la fe, esto es, matar al viejo Adán y someter la carne.

En los capítulos nueve, diez y once enseña sobre la eterna providencia de Dios, en la cual tiene su origen quien ha de creer y quien no, quien puede liberarse de los pecados y quien no, con lo que es tomado para siempre y totalmente de nuestras manos y es colocado totalmente en la mano de Dios el que podamos ser justos. Y esto es lo más necesario, pues somos tan débiles e inconstantes que si de nosotros dependiera no llegaría ciertamente ningún hombre a ser salvo; el diablo los dominaría a todos. Pero por cuanto Dios está seguro de que su providencia no le falla, ni que nadie la puede estorbar, por eso tenemos esperanza contra el pecado.

Pero aquí hay que colocar un límite a los espíritus atrevidos y altaneros que empeñan los esfuerzos de su inteligencia ante todo en sondear el abismo de la providencia divina y se preocupan en vano con el problema de su predestinación. Ellos provocarán su propia caída, sea que desesperen o que pongan su vida en juego. Tú, sin embargo, sigue esta epístola en el orden que la misma epístola establece; ocúpate primero en Cristo y en el evangelio, de modo que reconozcas tus pecados y la gracia divina y luego luches con el pecado, como se ha enseñado en los capítulos uno a ocho. Después, cuando hayas llegado al capítulo octavo —bajo la cruz y el sufrimiento— allí aprenderás bien cuan consoladora es la doctrina de la providencia de que hablan los capítulos 9, 10 y 11. Pues sin sufrimiento, sin cruz y sin peligros de muerte no se puede tratar la providencia sin daño y oculta cólera contra Dios. Por ello, debe estar muerto Adán, antes de que él soporte esta cosa y beba el vino fuerte. Por ello, debes precaverte de beber vino, cuando aún eres un lactante. Cada doctrina tiene su medida, su tiempo y su edad.

En el capítulo 12 enseña sobre el verdadero culto de Dios y hace a todos los cristianos sacerdotes, de manera que tienen que sacrificar, no dinero ni animales, como en la ley, sino sus propios cuerpos, mortificando sus malas pasiones. Después describe la conducta exterior de los cristianos en el régimen espiritual, cómo deben enseñar, predicar, gobernar, servir, dar, sufrir, amar, vivir, actuar frente al amigo, del enemigo o de cualquiera. Estas son las obras que hace un cristiano; pues, como se ha dicho, la fe no es ociosa.

En el capítulo trece enseña a honrar y obedecer la autoridad secular; el objeto de su institución es que —aunque no haga buena ante Dios a la gente— al menos logre que la gente buena tenga exteriormente paz y protección y los malos no puedan hacer el mal libremente sin temor o en paz y tranquilidad. Por eso deben honrarlo también los buenos, aunque no necesiten de él. Pero finalmente lo encuadra todo en el amor y lo encierra en el ejemplo de Cristo: como él hizo con nosotros, así hagamos nosotros también y sigamos en sus pisadas.

En el capítulo catorce enseña a conducir con cuidado las conciencias débiles en la fe sin herirlas, utilizando la libertad de los cristianos no para dañar sino para proteger a los débiles. Pues donde no se hace esto, se produce la contienda y el desprecio del evangelio, cuya conservación debe preocuparnos más que nada; porque es mejor ceder un poco al débil en la fe, hasta que llegue a ser más fuerte, antes que toda la doctrina del evangelio sucumba. Y tal obra es una labor especial del amor que es muy necesaria, precisamente ahora cuando sin necesidad

alguna se perturba a las conciencias débiles desvergonzada y rudamente por comer carne y permitirse otras libertades, antes de que conozcan la verdad.

En el capítulo quince pone a Cristo como ejemplo para que toleremos también a los otros débiles que caen en la flaqueza de los pecados manifiestos o que son de costumbres desagradables, a los que no se debe rechazar, sino tolerarlos hasta que lleguen a ser mejores. Porque así ha actuado Cristo con nosotros y lo hace diariamente aún, de tal manera que soporta muchos vicios y malas costumbres junto a toda clase de imperfecciones en nosotros y nos ayuda constantemente. Después, al finalizar, ruega por ellos, los alaba y los encomienda a Dios; muestra cuál es su oficio y su predicación y pide muy amablemente contribución para los pobres en Jerusalén: todo lo que habla y trata es puro amor. Por lo tanto, encontramos en esta epístola de la manera más abundante lo que un cristiano debe saber, es decir, qué es la ley, el evangelio, el pecado, el castigo, la gracia, la fe, la justicia, Cristo, Dios, las buenas obras, el amor, la esperanza, la cruz, y cómo debemos comportarnos frente a cada persona, sea buena o pecadora, fuerte o débil, amigo o enemigo y frente a nosotros mismos. Todo esto además fundamentado muy acertadamente con textos de las Escrituras y mostrado con ejemplos propios y de los profetas, de modo que no queda nada más que desear. Por eso parece también que San Pablo ha querido en esta epístola resumir de una vez brevemente toda la doctrina cristiana y evangélica y facilitar el acceso a todo el Antiguo Testamento. Porque, sin duda, quien tiene esta epístola bien arraigada en su corazón posee en sí la luz y la fuerza del Antiguo Testamento. Por ello, cada cristiano debe familiarizarse con ella y ejercitarse permanentemente en ella. Para ello le otorgue Dios su gracia. Amén.

El último capítulo es un capítulo de saluciones. Sin embargo, introduce una noble advertencia ante las doctrinas de los hombres que se infiltran entre la doctrina evangélica y provocan escándalo, como si ciertamente hubiese previsto que debían venir de Roma y por los romanistas los seductores y molestos cánones y decretales y todo enjambre y todos los gusanos de las leyes y mandamientos humanos que ahogan ahora a todo el mundo y que han aniquilado esta epístola y toda la Sagrada Escritura junto con el espíritu y la fe, de modo que no ha quedado sino el ídolo vientre, cuyos servidores censura San Pablo. Dios nos redima de ellos. Amén.

PREFACIO A LA PRIMERA EPÍSTOLA A LOS CORINTIOS

(1530)

En esta epístola San Pablo exhorta a los corintios a ser unidos en fe y doctrina y se empeñen en aprender bien el punto principal, a saber, que Cristo es nuestra salvación, en lo cual tropieza toda razón y sabiduría. Hallamos en la epístola una analogía con nuestra época actual en que salió a luz el evangelio. Abunda cierto tipo de santos extravagantes —a los que llamamos espíritus facciosos, fanáticos y herejes— los cuales se han hecho sabios y doctos demasiado precozmente y que, por su gran conocimiento y sapiencia, no pueden entenderse o coincidir con nadie. Uno tira para un lado y el otro para otro, como si fuera una gran vergüenza que cada uno no emprendiese algo particular y no sacase a relucir su propia sabiduría. Sin embargo, nadie puede convencerlos de su necedad, a pesar de que en el fondo no saben ni entienden nada de los puntos verdaderamente fundamentales, aunque parlotean mucho de ellos.

Lo mismo le sucedió también a San Pablo. Había enseñado a sus corintios la fe cristiana y la libertad frente a la ley. Entonces aparecieron los "santos" extravagantes y los sabiondos

precoces y dividieron la unidad de la doctrina e hicieron una escisión entre los creyentes. Uno quería ser de Pablo, el otro de Apolo, uno de Pedro, el otro de Cristo. Uno insistía en la circuncisión, el otro la rechazaba. Uno aprobaba el matrimonio, el otro lo desaprobaba. Uno quería comer de lo sacrificado a los ídolos, el otro no. Algunos bregaban por la libertad individual. Algunas mujeres querían llevar el cabello al descubierto, etc. Al fin llegaron al extremo de que uno abusó de la libertad y se casó con su madrastra. Algunos no creían en la resurrección de los muertos, otros no apreciaban el sacramento del altar y era una confusión y un desorden tremendos, de modo que cada cual quería ser maestro y enseñar y quería hacer con el evangelio, el sacramento y la fe lo que se le antojaba. Mientras tanto, abandonaban la parte principal, a saber, que Cristo es nuestra salvación, justicia y redención, como si fuese una cosa ya demasiado trillada. En efecto, este artículo de la fe no puede quedar intacto cuando la gente comienza a considerarse sabia y a saberlo todo. Exactamente así sucede también entre nosotros. Ahora que, por la gracia de Dios, hemos abierto a los alemanes el evangelio, cada cual quiere ser el maestro mejor y tener él solo el Espíritu Santo, como si el evangelio hubiera sido predicado con el único fin de que nos sirviera para mostrar nuestra sabiduría e inteligencia y buscar nuestra gloria. Estos corintios bien pueden servir de ejemplo para nuestra gente de este tiempo que necesitan también semejante epístola. Pero no puede ser de otra manera. Esta ha de ser la suerte del evangelio, que "santos" extravagantes y sabiondos prematuros causen disturbios y escándalo para que sean revelados los "probados", como dice aquí San Pablo⁵.

Por ello, San Pablo reprende y condena muy seriamente tal sabiduría nociva y revela por su parte la necedad de tales "santos" impertinentes. Dice lisa y llanamente que no saben nada de Cristo ni del Espíritu y de los dones que Dios nos dio en él y que deben comenzar más bien a aprender. Se necesita gente espiritual que lo entienda. Querer ser sabio y pretender ser inteligente en el evangelio es el verdadero tropiezo y el obstáculo para el conocimiento de Cristo y Dios. La razón y la sabiduría inteligente pueden servir para causar disturbios y disensiones, de modo que surgen por todas partes "santos" necios y cristianos fanáticos. Pero jamás conocerán a nuestro Señor Cristo a no ser que desesperen de su propia sabiduría y se dejen enseñar y dirigir humildes por la sencilla palabra de Dios. De esto trata el apóstol en los primeros cuatro capítulos.

En el capítulo 5 censura tremenda inmoralidad del que se había casado con su madrastra. La voluntad del apóstol es que el tal sea excomulgado y entregado al diablo. Con esto indica cómo ha de usarse correctamente la excomunión, que debe ser pronunciada con el consentimiento de la comunidad de los creyentes sobre los vicios públicos, como también Cristo enseña en Mateo 18.

En el capítulo 6 reprende las disputas y riñas ante los tribunales, máxime ante los gentiles e incrédulos y enseña que arreglen los asuntos entre sí o sufran la injusticia.

En el capítulo 7 da instrucciones referentes a la castidad y al estado matrimonial. Elogia la castidad y la virginidad como útiles para atender mejor el evangelio, como también Cristo enseña en Mateo 19 acerca de los que son castos a causa del evangelio y del reino celestial. Pero Pablo quiere que esta castidad se observe sin obligación ni compulsión y evitando incurrir en pecado mayor, de otra manera es mejor casarse que mantener una castidad que arde en pasión continua.

En los capítulos 8 a 11 trata de los diferentes modos cómo se deben guiar e instruir las conciencias débiles en asuntos externos, como por ejemplo el comer, el beber, el vestirse y el recibir el sacramento. En todas partes prohíbe que los fuertes desprecien a los débiles porque él mismo, aunque siendo apóstol, se ha abstenido de muchas cosas a las que tenía derecho. Además,

⁵ 1ª Co. 3:13.

los fuertes tienen motivos para temer, porque en tiempos pasados han perecido tantos en Israel que sin embargo milagrosamente habían sido sacados de Egipto.

Aparte de esto, intercala algunas doctrinas provechosas. En los capítulos 12 y 13 trata de los diferentes dones de Dios, entre los cuales el mejor es el amor. Enseña a la comunidad, no enaltecerse, sino que sirvan uno al otro en unidad, porque hay un solo Dios, un Señor, un Espíritu y todo es uno por más diverso que sea.

En el capítulo 14 enseña a los predicadores, profetas y cantores a hacer uso en forma ordenada de sus dones y sólo emplear sus sermones, ciencia y entendimiento para la corrección y no para ganar honores.

En el capítulo 15 censura a los que habían evidenciado una enseñanza y opinión erróneas referentes a la resurrección de la carne.

En el último capítulo los exhorta a la ayuda fraternal y a dar sustento material a los indigentes.

PREFACIO A LA SEGUNDA EPÍSTOLA A LOS CORINTIOS

(1522)

En la primera epístola San Pablo censuró duramente a los corintios por muchas cosas echando vino acre en las heridas y asustándolos. Pero un apóstol debe ser un predicador consolador que fortalece a las conciencias atemorizadas y tímidas más que acobardarlas. Por ello los alaba otra vez en esta epístola y echa aceite en las heridas, mostrándose sumamente amistoso con ellos y mandando recibir con amor al pecador.

En los capítulos 1 y 2 muestra su amor hacia ellos, cómo predicaba, hacía y sufría todo para utilidad y beneficio de ellos para que esperen confiadamente todo lo mejor de él.

Después elogia el ministerio evangélico, que es la obra suprema y más consoladora para utilidad y beneficio de las conciencias y muestra que es más noble que el ministerio de la ley y de qué manera es perseguido y, no obstante, crece en los creyentes y da una esperanza de llegar a través de la cruz a la gloria eterna. Esto lo hace en los capítulos 3, 4 y 5.

En los capítulos 6 y 7 los exhorta a que pongan en práctica esta predicación con obras y sufrimientos. Termina elogiándolos para animarlos a seguir por este camino.

En los capítulos 8 y 9 los incita a ayudar con auxilio material en el tiempo de carestía a los santos de Jerusalén que desde un principio habían entregado todos sus bienes, Hechos 4.

En los capítulos 10, 11 y 12 se enfrenta con los apóstoles falsos.

En el capítulo 13 amenaza a los que habían pecado y no se corrigieren.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS GALATAS

(1522)

Los gálatas habían sido traídos por San Pablo a la verdadera fe cristiana, de la ley al evangelio. Mas después de su despedida vinieron los apóstoles falsos, que eran discípulos de los apóstoles verdaderos, e indujeron a los gálatas a creer que serían salvos por las obras de ley y que

pecarían si no las observaran, como también según Hechos 15 sostenían algunos dignatarios de Jerusalén.

Para hacer frente a ellos, San Pablo enaltece su ministerio; no quiere ser tenido por menos que ningún otro apóstol. Se gloria de haber recibido su doctrina y ministerio de Dios mismo, a fin de suprimir la vanagloria de los apóstoles falsos que usaban la obra y el nombre de los apóstoles verdaderos. Dice que, aun cuando un ángel o él mismo predicasen de otra manera, no es evangelio correcto, menos aún si los discípulos de los apóstoles o ellos mismos enseñasen otra cosa. Esto lo hace en los capítulos 1 y 2, y concluye que cada cual debe ser justificado sin méritos, sin obra, sin ley, sólo por Cristo.

En los capítulos 3 y 4 el apóstol prueba todo esto con textos bíblicos, ejemplos y comparaciones, y demuestra cómo la ley produce mucho más pecado y maldición que justicia, la cual ha sido prometida por Dios de pura gracia, cumplida por Cristo sin la ley y otorgada a nosotros.

En los capítulos 5 y 6 menciona las obras de amor que han de seguir a la fe.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS EFESIOS

(1522)

En esta epístola enseña San Pablo primero qué es el evangelio y cómo ha sido predestinado desde la eternidad sólo por Dios y merecido y enviado por Cristo, de modo que todos los que creen en él se vuelven justos, piadosos, vivos, salvos y libres de la ley, del pecado y de la muerte. Esto lo hace en los primeros tres capítulos.

Después enseña a evitar las falsas doctrinas y los mandamientos humanos para que permanezcamos fieles a una sola Cabeza y quedemos seguros, probos y perfectos, en Cristo sólo. En él tenemos todo, de manera que no necesitamos nada fuera de él. Esto lo hace en el capítulo 4.

Además enseña a practicar la fe y probarla con buenas obras, a evitar el pecado y a luchar.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS FILIPENSES

(1522)

En esta epístola San Pablo alaba y exhorta a los filipenses que queden y continúen en la recta fe y crezcan en el amor. Ya que los apóstoles falsos y maestros que enseñan falsa confianza en las obras dañan siempre la fe, el apóstol previene a sus lectores contra ellos y les indica varios predicadores —algunos buenos, otros malos—, también a sí mismo y sus discípulos, Timoteo y Epafrodito. Esto lo hace en los capítulos 1 y 2.

En el capítulo 3 condena la justicia humana sin fe, que los apóstoles falsos enseñan y observan. Se ofrece a sí mismo como ejemplo. Vivía glorioso en tal justicia y, no obstante, ahora no la aprecia a causa de la justicia de Cristo, porque ella hace del estómago su dios, y causa enemistad a la cruz de Cristo.

En el capítulo 4 los exhorta a la paz y la buena conducta mutua, y les agradece el regalo que le habían enviado.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS COLOSENSES

(1522)

Como la epístola a los gálatas se asemeja a la epístola a los romanos y sigue el mismo bosquejo, exponiendo brevemente lo que en aquélla se detalla más ampliamente, así esta epístola a los colosenses se parece a la dirigida a los efesios, y trata en forma resumida el mismo contenido.

Primero el apóstol elogia a los colosenses y desea que permanezcan y crezcan en la fe. Destaca lo que es el evangelio y la fe, a saber, una sabiduría que reconoce en Cristo a su Señor y Dios, crucificado para nosotros, un saber oculto al principio y ahora revelado por su ministerio. Esto es el primer capítulo.

En el capítulo 2 los previene de doctrinas humanas que siempre se oponen a la fe; las describe tan acertadamente como no han sido descritas en ninguna parte de las Escrituras y las censura en forma magistral.

En el capítulo 3 los exhorta a ser fructíferos en la recta fe en toda clase de buenas obras que uno hace al otro, y describe cuáles son las obras apropiadas para cada estado.

En el capítulo 4 pide que hagan intercesiones por él, y los saluda y fortalece.

PREFACIO A LA PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS TESALONICENSES

(1522)

Esta epístola la escribe San Pablo por amor especial y solicitud apostólica. Los elogia en los primeros dos capítulos por la forma en que han aceptado de él el evangelio, con tal seriedad que han quedado firmes en él, a través de sufrimientos y persecuciones, y han dado un buen ejemplo de la fe a todas las comunidades y porque, como Cristo y sus apóstoles, han sido perseguidos por los judíos y sus propios parientes. Él mismo ha sufrido entre ellos, para darles un ejemplo, y observado una vida santa. Por ello da gracias a Dios que su evangelio ha dado semejante resultado entre ellos.

En el capítulo 3 muestra su diligencia y solicitud de que semejante trabajo y su laudable comienzo no sean perturbados por el diablo y sus apóstoles mediante enseñanzas humanas. Por ello mandóles a su tiempo a Timoteo para averiguarlo. Da gracias a Dios por haber encontrado todo en orden, y les desea que crezcan en la fe.

En el capítulo 4 los amonesta a cuidarse de pecados y a hacer bien entre sí. Además contesta a una pregunta que le habían hecho por Timoteo referente a la resurrección de los muertos, si resucitarían todos a la vez o sucesivamente.

En el capítulo 5 escribe del juicio final que vendrá pronto y rápidamente. Les hace algunas recomendaciones de gobernar a los otros y les da algunas buenas instrucciones acerca de cómo portarse frente a la vida y doctrina de los demás.

PREFACIO A LA SEGUNDA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A LOS TESALONICENSES

(1522)

En la primera epístola Pablo había contestado a los tesalonicenses su pregunta sobre el día del juicio que vendría rápido como un ladrón de noche. Como sucede que una pregunta siempre da lugar a la otra por interpretación falsa, los tesalonicenses entendían que el día del juicio ya era inminente. Por eso escribe esta epístola y se explica a sí mismo.

En el primer capítulo los consuela con el eterno premio de su fe y su paciencia en toda clase de sufrimientos y con el castigo de sus perseguidores en el tormento eterno.

En el capítulo 2 enseña que ante el juicio final ha de desaparecer primero el Imperio Romano y el anticristo se arrogará el puesto de dios en la cristiandad y seducirá al mundo no creyente con doctrinas falsas y milagros, hasta que venga Cristo y lo destruya por su gloriosa venida y primero lo mate con su predicación espiritual.

En el capítulo 3 da algunas amonestaciones, especialmente que ellos reprendan a los perezosos que no se alimentan con su propio trabajo; en caso de que no se corrigieran, deben apartarlos. Esto es una palabra muy rigurosa contra el estado eclesiástico actual.

PREFACIO A LA PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A TIMOTEO

(1522)

Esta epístola la escribe San Pablo para dar un modelo a todos los obispos, en cuanto a lo que deben enseñar y cómo han de gobernar la cristiandad en los diferentes sectores, a fin de que no sea preciso gobernar a los cristianos por propias opiniones humanas.

En el capítulo 1 manda que un obispo vele por la recta fe y resista a los falsos predicadores de la ley que, desviándose de Cristo y del evangelio, quieren insistir también en las obras de la ley.

En el capítulo 2 ordena orar por todas las clases sociales, y manda que las mujeres no prediquen ni lleven joyas preciosas, sino que sean obedientes a los hombres.

En el capítulo 3 describe qué clase de personas han de ser los obispos o sacerdotes y sus esposas, y los diáconos y las esposas de éstos, afirmando además que es cosa encomiable si alguien quiere ser un obispo de tal condición.

En el capítulo 4 predice que vendrán obispos falsos y un estado eclesiástico que se opondrán a lo arriba dicho. No serán como las allí descritas personas, sino que prohibirán el matrimonio y ciertos alimentos, y practicarán con doctrinas humanas todo lo contrario de las normas que el apóstol fijó.

En el capítulo 5 dispone cuál ha de ser la situación de las viudas y mujeres jóvenes y cuáles deben ser mantenidas por la contribución común. También prescribe que se honre a los obispos y sacerdotes buenos y se rependa a los malos.

En el capítulo 6 exhorta a los obispos a atenerse al evangelio puro y a practicarlo en la predicación y vida. Han de abstenerse de las cuestiones inútiles e impertinentes que sólo sirven para buscar gloria mundana y riqueza.

PREFACIO A LA SEGUNDA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A TIMOTEO

(1522)

Esta epístola es una carta de despedida en la cual San Pablo exhorta a Timoteo a continuar propagando el evangelio, tal como había comenzado.

Esto es necesario también porque hay muchos que apostatan. Además surgen en todas partes espíritus y maestros falsos. Por ello incumbe a un obispo estar siempre alerta y trabajar en el evangelio.

Pero sobre todo predice en los capítulos 3 y 4 un tiempo peligroso, al fin del mundo. Entonces la vida espiritual falsa seducirá a todo el mundo con apariencia exterior, bajo la cual se practica toda clase de maldad y de vicio. Desgraciadamente vemos cumplida esta profecía de San Pablo en nuestros clérigos con demasiada frecuencia.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A TITO

(1522)

Esta es una epístola breve, mas contiene lo esencial de la doctrina cristiana. En ella expone el apóstol magistralmente qué debe saber un cristiano y cómo debe vivir.

Primero expone qué persona debe ser el obispo o el pastor, a saber, un hombre piadoso y docto para predicar el evangelio y refutar a los falsos maestros de las obras y de la ley humana, que luchan continuamente contra la fe y desvían las conciencias de la libertad cristiana hacia la cautividad de sus obras humanas que no son de utilidad alguna.

En el capítulo 2 enseña a las diferentes clases sociales —los ancianos, jóvenes, esposas, maridos, amos y esclavos— cómo han de conducirse, como los que Cristo ha adquirido por su muerte para ser propiedad suya.

En el capítulo 3 enseña a honrar las autoridades seculares y obedecerles. Una vez más menciona la gracia que nos ha adquirido Cristo, para que nadie piense que es suficiente obedecer a las autoridades, ya que nuestra justicia es nada ante Dios. Además, manda evitar el contacto con los obstinados y herejes.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA DE SAN PABLO A FILEMÓN

(1522)

Esta epístola expone un ejemplo magistral y bello del amor cristiano. Pues vemos cómo San Pablo intercede por el desdichado Onésimo y lo defiende ante su señor con todo lo que puede. Actúa como si él mismo fuera el malhechor Onésimo. Mas no lo hace por fuerza y compulsión, como tendría derecho a hacerlo, sino que renuncia a su derecho con el fin de que Filemón también se despoje de sus derechos. Lo que Cristo hizo ante Dios Padre, lo hace San Pablo por Onésimo ante Filemón. Cristo también se desprendió de su derecho y venció al Padre

con amor y humildad, de modo que éste debió deponer su ira y derecho y recibírnos en la gracia a causa de Cristo, quien tan seriamente nos defiende y tan cordialmente cuida de nosotros. Pues todos somos sus onésimos, si lo creemos.

PREFACIO A LA PRIMERA EPÍSTOLA DE SAN PEDRO

(1522)

Esta epístola la escribió San Pedro a los gentiles convertidos, y los exhorta a perseverar y crecer en la fe mediante toda clase de aflicciones y buenas obras.

En el capítulo 1 les fortalece la fe por la promesa divina y el poder de la bienaventuranza venidera. Muestra que ésta no la merecemos nosotros, sino que ha sido anunciada ya antes por los profetas. Por ello, deben vivir ahora una nueva vida santa y olvidar la anterior manera de vivir, ya que han nacido de nuevo por la palabra viva y eterna de Dios.

En el capítulo 2 enseña a conocer a Cristo como la cabeza y piedra angular y sacrificarse a sí mismos a Dios como buenos sacerdotes, como Cristo se sacrificó, y empieza a dar instrucciones a todo tipo de clases sociales. Primero, enseña en forma general a someterse a la autoridad secular. Después, en particular, enseña a servidores a ser obedientes a sus propios amos y sufrir injusticia de ellos por Cristo, que sufrió también injusticia por nosotros.

En el capítulo 3 enseña a las mujeres a ser obedientes también a sus esposos no creyentes y ataviarse como corresponde a santas. También los hombres han de ser pacientes con sus mujeres y vivir con ellas en paz. Finalmente, exhorta a todos a ser entre sí humildes, pacientes y amables, como lo fuera Cristo para con nuestros pecados.

En el capítulo 4 enseña a dominar la carne con ayunos, vigilia, temperancia, oraciones y la meditación sobre los sufrimientos de Cristo, etc. Instruye a los guías espirituales a practicar sólo la palabra y obra de Dios entre los cristianos.

Cada cual debe servir al otro con sus dones. No deben sorprenderse sino gozarse alegres, aun cuando tengamos que sufrir por el nombre de Jesús.

En el capítulo 5 exhorta a los obispos y sacerdotes acerca de cómo han de vivir y pastorear al pueblo, y nos previene contra el diablo, que nos persigue continuamente en todas partes.

PREFACIO A LA SEGUNDA EPÍSTOLA DE SAN PEDRO

(1522)

Esta epístola se ha escrito contra los que opinan que la fe cristiana puede estar sin obras. Por ello, los exhorta a probarse a base de buenas obras y adquirir seguridad en cuanto a su fe, tal como se conocen los árboles por los frutos. Después comienza a ensalzar el evangelio contra las doctrinas humanas. Sólo éste se debe escuchar, y no la enseñanza de los hombres. Pues como él dice: “Nunca la profecía ha venido por voluntad humana”

Por ello, en el capítulo 2 advierte contra los maestros falsos en el futuro, que ponen énfasis en las obras y por ello niegan a Cristo. A éstos los amenaza duramente con tres ejemplos

aterradores y los describe tan acertadamente con su avaricia, soberbia, sacrilegio, fornicación e hipocresía que uno tiene que comprender que se refiere al estado eclesiástico actual, que con su avaricia ha devorado todo el mundo y vive sacrílegamente en libertinaje, placeres carnales y mundanos.

En el capítulo 3 muestra que el día del juicio vendrá pronto. Aunque ante los hombres parezcan mil años, ante Dios es como un solo día. Ahora bien; todos los que han muerto están ante Dios, pero los que viven aún están ante los hombres. Por tanto, a cada cual le llegará el día del juicio inmediatamente después de su muerte. Además, describe qué sucederá en el día del juicio cuando todo ha de ser destruido por el fuego.

PREFACIO A LAS TRES EPÍSTOLAS DE SAN JUAN

(1522)

La primera epístola de San Juan es una epístola genuinamente apostólica, y bien podría figurar inmediatamente después de su Evangelio. Pues, como en el Evangelio el apóstol hace énfasis en la fe, así en la Epístola se opone a los que se vanagloriaban de la fe sin obras, y enseña de muchas maneras que las obras no faltan donde hay fe. Mas si faltan, la fe no es recta, sino que hay mentiras y tinieblas. Empero, no lo hace insistiendo en la ley, como lo hace la Epístola de Santiago, sino que nos estimula a que también nosotros tengamos amor, como Dios nos ha amado a nosotros.

Pero en la misma epístola se dirige también en tono enérgico contra los seguidores de Cerinto⁶ y contra el espíritu del anticristo que ya entonces comenzaba a negar la encarnación de Cristo, negación que precisamente ahora está muy en boga. Aunque no se niega ahora con la boca públicamente que Cristo haya vencido a la carne, sin embargo lo niegan con el corazón, con la doctrina y la vida. Pues quien quiere ser piadoso y salvo por sus hechos y obras hace lo mismo como quien niega a Cristo, puesto que Cristo vino a la carne para hacernos piadosos y salvos, sin nuestra obra, sólo por su sangre.

Así lucha esta epístola contra los dos partidos, contra los que quieren descartar completamente las obras y aceptar sólo la fe, y contra los que quieren ser salvos por las obras, y nos mantiene en el justo medio, de modo que por la fe llegamos a ser salvos y libres del pecado, y después siendo salvos practicamos también buenas obras y caridad por amor de Dios, espontáneamente sin buscar otra cosa.

Las otras dos epístolas no son doctrinales, sino ejemplos del amor y de la fe y tienen también un espíritu verdaderamente apostólico.

⁶Cerinto, gnóstico cerca del año 100, que enseñaba que el "Cristo" espiritual vino sobre el "Jesús" terrestre después del bautismo y lo abandonó antes de la crucifixión.

PREFACIO A LA EPÍSTOLA A LOS HEBREOS

(1522)

Hasta aquí hemos visto los libros principales del Nuevo Testamento, reconocidos sin reparos. En cambio, respecto de los cuatro siguientes antiguamente existía otra opinión. Primero, que esta epístola a los hebreos no se debe a San Pablo ni a apóstol alguno lo prueba el hecho de que en el capítulo 2 se dice: Esta doctrina nos la transmitieron y la confirmaron los que la han oído del Señor mismo. Con ello resulta evidente que el autor de la carta habla de los apóstoles como discípulo de ellos que recibió esta enseñanza de parte de los apóstoles, quizás mucho después. Pues en Gálatas 1 San Pablo testimonia expresamente que no recibió su evangelio de hombre alguno ni por hombres, sino de Dios mismo.

Además, tiene un nudo duro: En los capítulos 6 y 10 niega rotundamente el arrepentimiento de los pecadores después del bautismo, y los declara incapaces de ello; y en el capítulo 12 dice que Esaú buscó el arrepentimiento y no obstante no lo halló. Esto es contrario a todos los evangelios y las epístolas de San Pablo. Aunque se pudiera hacer una glosa al respecto, las palabras son tan claras que yo no sé si la glosa satisface. Me parece que se trata de una epístola compuesta de muchas partes que no enseña sistemáticamente ninguno de sus temas.

Sea como fuere, es una epístola excelente y docta. Habla del sacerdocio de Cristo magistral y profundamente, conforme a las Escrituras, e interpreta acertada y ampliamente el Antiguo Testamento, de modo que es evidente que se trata de un excelente hombre docto que fue discípulo de los apóstoles, aprendió mucho de ellos y es muy versado en la Escritura. Aun cuando no echa el fundamento de la fe, como él mismo dice en el capítulo 6 y como corresponde a los apóstoles, sin embargo edifica sobre este fundamento acertadamente oro, plata y piedras preciosas, como dice San Pablo en 1ª Corintios 3. Por ello, el hecho de que sean entremezclados madera, paja o heno no nos impedirá aceptar con todos los honores tal doctrina excelente, aunque no podamos igualarla en todo sentido con las epístolas apostólicas.

Quién la ha escrito no se sabe y quedará ignoto aún por algún tiempo. No importa. Debería bastarnos con la doctrina que el autor basa tan constantemente en la Escritura; además, muestra una comprensión y medida muy acertadas de leer la Escritura y tratar de ella.

PREFACIO A LAS EPÍSTOLAS DE SANTIAGO Y JUDAS

(1522)

Si bien esta epístola de Santiago fue reprobada por los antiguos B8, la elogio y la tengo por buena, porque no establece ninguna doctrina humana e insiste vigorosamente en la ley de Dios. Sin embargo, para emitir mi opinión —mas sin menoscabo de nadie— no la considero un escrito de un apóstol; y expongo mis razones.

En primer lugar, en diametral oposición a San Pablo y al resto de las Escrituras, atribuye la justificación a las obras. Dice que Abraham fue justificado por sus obras cuando sacrificó a su hijo. San Pablo en Romanos 4 que enseña lo contrario: que Abraham fue justificado sin obras —cosa que prueba con Génesis 15— antes de sacrificar a su hijo. Aun cuando se podría salir en auxilio de esta epístola y encontrar una explicación a semejante justificación por las obras, no se

la puede defender en este otro punto en que aplica a las obras el pasaje de Génesis 15; porque Moisés habla sólo de la fe de Abraham y no de sus obras, y en este sentido lo cita San Pablo en Romanos 4. Este defecto demuestra, por consiguiente, que la epístola no es obra de un apóstol.

En segundo lugar, su propósito es aleccionar a los cristianos; y sin embargo en una exposición tan larga no menciona ni una vez el sufrimiento, la resurrección y el espíritu de Cristo. Aunque nombra a Cristo algunas veces, no enseña nada de él sino que habla de una fe general en Dios. Pues el oficio de un verdadero apóstol es predicar el sufrimiento, la resurrección y el ministerio de Cristo y poner el fundamento de esta fe en él, como dice el propio Cristo en Juan, 18: "Vosotros daréis testimonio de mí". En esto coinciden todos los auténticos libros sagrados, en que todos predicán e inculcan a Cristo. Además, ese es el verdadero criterio para juzgar todos los libros: verificar si inculcan a Cristo o no. pues toda la Escritura nos muestra a Cristo, Romanos 3, y Pablo no quiere saber otra cosa sino a Cristo, 1ª Corintios 2. Lo que no enseña a Cristo no es apostólico, aunque lo enseñe Pedro o Pablo. En cambio, lo que predica a Cristo es apostólico, aun cuando lo diga Judas, Anas, Pilato y Heredes.

Pero este Santiago no hace más que inculcar la ley y sus obras, amontonando las cosas tan desordenadamente que me parece que se trata de algún hombre bueno y piadoso que compiló algunos dichos de los discípulos de los apóstoles y los arrojó así sobre el papel; o quizás es un extracto de su prédica descrita por otro. A la ley la llama "ley de la libertad", mientras que San Pablo la llama ley de la servidumbre, de la ira y muerte, y del pecado.

Además cita los pasajes de San Pedro⁷: "El amor cubre multitud de pecados"⁸, y "Humillaos bajo la mano de Dios", y el de San, Pablo, Gálatas 5, "El Espíritu es contra el odio"; pero es sabido que Santiago fue muerto por Herodes en Jerusalén antes de la muerte de San Pedro, de modo que (el autor de esta epístola) aparentemente vivió mucho tiempo después de San Pedro y San Pablo.

En resumen, quiso reprender a los que confiaban en la fe sin obras, pero no estuvo a la altura de la empresa ni con el espíritu, ni con la razón y palabra, destruyendo la Escritura, y contradiciendo así a Pablo y toda la Escritura. Trata de lograr con su insistencia en la ley lo que los apóstoles realizan incitando al amor. Por eso, no lo quiero tener en mi Biblia entre los auténticos libros principales. Pero con ello no pretendo impedir que nadie lo coloque y estime como le plazca, porque en verdad hay en esta Epístola también muchos pasajes buenos. Voz de uno es voz de ninguno en asuntos seculares. ¿Acaso valdrá esta sola voz en contra de Pablo y todo el resto de la Escritura?

Por otra parte, nadie puede negar que la epístola de San Judas es un extracto o copia de la segunda epístola de San Pedro, puesto que las palabras son casi todas las mismas. Además, habla de los apóstoles como un discípulo de una época muy distantes, y cita dichos y sucesos que no se encuentran en la Escritura. Esto indujo también a los antiguos Padres a eliminar esta epístola del cuerpo de los escritos principales. Además, el apóstol Judas no llegó a los países de lengua griega, sino a Persia, según se dice, de modo que no pudo escribir en griego. En consecuencia, aunque la elogio, es una epístola que no necesita ser contada entre los libros principales para fundamento de la fe.

⁷ 1ª P. 4:8.

⁸ 1ª P 5:6.

PREFACIO AL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

(1522)

Respecto a este libro del Apocalipsis de Juan dejo a cada cual tener su opinión. No quiero imponer a nadie mi parecer o juicio. Yo digo lo que siento. Echo de menos más de una cosa para tenerlo por apostólico o profético. Primero y sobre todo, los apóstoles no andan con visiones, sino que profetizan con palabras claras y sencillas, como también lo hacen Pedro, Pablo y Cristo en el evangelio, pues así corresponde también al ministerio apostólico hablar de Cristo y su obra, de una manera clara, sin imágenes o visiones.

No hay tampoco profeta en el Antiguo Testamento, y menos aún en el Nuevo, que trate tan exclusiva e íntegramente de visiones e imágenes. Por esto, por mi parte lo considero muy similar al cuarto libro de Esdras. De ninguna manera me da la impresión que es obra del Espíritu Santo.

Además, me parece que va demasiado lejos al recomendar tan enérgicamente su propio libro más de lo que hacen otros libros sagrados, que son mucho más importantes, agregando la amenaza al que quitare algo del libro que Dios le quitará también, etc. Por otra parte, se afirma que serán salvos quienes observan lo que en él se dice, cuando en realidad nadie sabe lo que es y menos aún que es obligación observarlo. Lo mismo daría no tenerlo. Hay, además, muchos libros más importantes, a los que tenemos que atenernos.

Muchos de los Padres antiguos han desaprobado el libro; y aunque San Jerónimo se refiere a él en términos elogiosos diciendo que está por encima de todo encomio y contiene tantos misterios como palabras, sin embargo no puede dar prueba alguna al respecto, y su elogio es en muchos lugares excesivamente generoso.

Finalmente, cada cual juzgue según lo que le dicte su espíritu. El mío no se puede congeniar con este libro, y para no apreciarlo tanto me es causa suficiente el hecho de que en él no se enseña a Cristo ni se lo da a conocer, lo que sin embargo es un deber primordial de un apóstol, como dice Cristo en Hechos 1: "Me seréis testigos". Por consiguiente, me quedo con los libros que me hablan de Cristo en forma clara e inequívoca.

PREFACIO AL APOCALIPSIS DE SAN JUAN

(1530)

Varias clases de profecía se encuentran en la cristiandad. Una es la profecía que interpreta los escritos de los profetas. Pablo habla de ella en 1ª Corintios 12 y 14 y en otros lugares. Ésta es la profecía más necesaria e imprescindible en el uso diario, puesto que enseña la palabra de Dios, pone el fundamento de la cristiandad y defiende la fe, y en resumen, rige el ministerio de la predicación, lo conserva, lo establece y lo pone en práctica. Otra clase es la que profetiza de sucesos futuros que no han sido mencionados previamente en la Escritura, y ésta es de tres tipos:

El primero lo hace con palabras expresas, sin imágenes y figuras; así Moisés, David y otros profetas profetizan de Cristo, y así Cristo y los apóstoles profetizan del anticristo y de los falsos maestros, etc.

El segundo lo hace con imágenes, pero pone al lado de ellas la interpretación con palabras expresas. Así José interpreta los sueños, y Daniel los ensueños e imágenes.

El tercero lo hace sin palabras o interpretación, solamente con imágenes y figuras, como este libro de Apocalipsis, y los ensueños, visiones e imágenes de muchas personas santas que ellos han recibido del Espíritu Santo; así lo dice Pedro en su sermón en Hechos 2 citando a Joel⁹: "Vuestros hijos v vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños".

Y mientras tal profecía queda sin interpretación y todavía no ha recibido una explicación concreta, es una profecía oculta y muda, y no ha dado la utilidad y fruto que debe brindar a la cristiandad, como ha sucedido con este libro hasta ahora. Muchos han ensayado su ingenio en él, pero no han obtenido ningún resultado cierto hasta el día de hoy. Algunos han introducido en él gran cantidad de cosas improcedentes, producto de su propia fantasía. Por semejante interpretación incierta y sentido oculto nosotros lo hemos dejado hasta ahora a un lado, sobre todo porque también algunos antiguos Padres opinaban que no es del apóstol Juan, como figura en el libro III de la Historia Ecclesiae. Esta duda sigue existiendo aún para nosotros, con lo cual sin embargo no queremos impedir a nadie que lo tenga por obra del apóstol San Juan o como de quien quiera.

No obstante, ya que quisiéramos tener una interpretación o explicación segura, daremos motivo de meditar a otros hombres de espíritu más elevado, y expondremos también nuestros pensamientos: como ha de ser una revelación de sucesos futuros, especialmente de "tribulaciones y desgracias que sobrevendrán a la cristiandad, creemos que el primero y más seguro método de encontrar la interpretación será tomar de la historia los eventos y desastres pasados que han sucedido en la cristiandad y confrontarlos con las imágenes, y así compararlos con las palabras. Cuando se ajustan perfectamente y coinciden entre sí, uno podría apoyarse en ellos como una segura o a lo menos inobjetable interpretación.

Por consiguiente, como lo indica el texto mismo, opinamos que los primeros tres capítulos que tratan de las siete iglesias en Asia y sus ángeles quieren sólo simplemente describir cómo era en aquel entonces la situación de estas iglesias y exhortarlas a quedar firmes y crecer o a corregirse. Además, aprendemos en estos capítulos que la palabra "ángel", que después aparece en otras imágenes y visiones, debe ser entendida como obispos o maestros. Algunos son buenos, como los santos padres y obispos, otros malos como los herejes y obispos falsos, de los cuales el libro habla más que de los buenos.

En los capítulos 4 y 5 está prefigurada toda la cristiandad que en el futuro ha de sufrir estas tribulaciones y plagas. Allí hay veinticuatro ancianos ante Dios. (Estos son todos los obispos y maestros en firme unión.) Están coronados con la fe v alaban a Cristo, el cordero de Dios, con arpas (esto es, predicar) y le sirven con incensarios; esto quiere decir que se ejercitan en la oración. Todo esto es para el consuelo de los cristianos, para que sepan que la cristiandad pese a todo ha de perdurar en las plagas, que han de venir.

En el capítulo 6 comienzan las tribulaciones futuras. Ahí están primeramente las tribulaciones corporales, como las persecuciones por parte de las autoridades seculares, que son representadas por el jinete coronado con el arco en el caballo blanco. Después viene la guerra y el derramamiento de sangre figurados por el jinete con la espada en el caballo alazán. Sigue la carestía v el hambre, que son el jinete con la balanza en el caballo negro. Después vendrán pestes y tumores, significados por el jinete con el aspecto de la muerte en un caballo bayo, pues estas cuatro plagas vienen con seguridad en todo tiempo sobre los ingratos y despreciadores de la

⁹ Hch. 2:17; Joel 2:28.

palabra de Dios. Además, hay destrucciones y cambios de autoridades hasta el juicio final, como se muestra al final del capítulo 6. Así lo indican también las almas de los mártires con su clamor¹⁰.

En los capítulos 7 y 8 comienza la revelación de las tribulaciones espirituales, que son las herejías de toda clase. Una vez más es precedido por una imagen consolatoria, donde el ángel sella a los cristianos y los guarda de los cuatro ángeles malos para que otra vez se tenga la seguridad de que la cristiandad, también en medio de los herejes, tendrá ángeles buenos y la palabra pura, como lo muestra el ángel con el incensario, es decir, con la oración. Tales ángeles buenos son los santos Padres, como Espiridonio, Atanasio, Hilario y el concilio de Nicea, etc.

El primer ángel malo es Taciano; con sus encratitas¹¹, que prohibían el matrimonio y querían ser justificados por obras como los judíos, pues la doctrina de la justificación por las obras debió ser la primera que se oponía al evangelio. Resultará también la última, solamente que habrá siempre paladines nuevos y aparece bajo otros nombres, como pelagianos, etc.

El otro es Marción con sus catafrigos, maniqueos, montañistas, etc... que se vanaglorian de su espiritualidad, por encima de toda la Escritura, y se comportan como esta montaña ardiente entre el cielo y la tierra, como entre nosotros Münzer y los entusiastas.

El tercero es Orígenes, que por la filosofía y la razón amargó y corrompió la Escritura, como hasta ahora entre nosotros lo hacían las universidades.

El cuarto es Novato, con sus cataros, que denegaban la penitencia y querían ser los más puros de todos. De la misma clase fueron más tarde también los donatistas. Casi todos nuestros clérigos reúnen las cualidades de los cuatro. Los eruditos que conocen historia pueden explicar esto. Pues sería demasiado largo narrar y demostrar todo.

En el capítulo 9 empieza la verdadera miseria. Pues las aflicciones corporales y espirituales descritas hasta ahora han sido casi una nada en comparación con estas plagas que han de venir. Como también indica el ángel mismo al final del capítulo 8, vendrán tres aves y serán ejecutados por los otros tres ángeles, el quinto, sexto y séptimo. Y el mundo habrá llegado a su fin. Aquí convergen las dos clases de persecuciones, la espiritual y la corporal. Serán tres: la primera será grande, la segunda más grande, la tercera, la más grande de todas.

El primer a y, el quinto ángel, es Arrio, el heresiarca y sus adictos que vejaban tan terriblemente la cristiandad en todo el mundo que, como dice el texto aquí¹², los hombres piadosos hubieran preferido morir para no ver tal desgracia. Sin embargo, han tenido que verla y no obstante sobrevivir. En efecto, dice que el ángel del infierno, llamado el destructor, es su rey, como si quisieran decir que el diablo mismo los domina. Pues no solamente en lo espiritual persiguieron a los verdaderos cristianos, sino también en lo físico con la espada. Lee las historias de los arrianos y entenderás este cuadro y estas palabras.

El segundo ay es el sexto ángel, el depravado Mahoma, con sus seguidores, los sarracenos que con sus doctrinas y con la espada han infligido graves tormentos a la cristiandad. Para hacer más grande este ay viene al lado de ese ángel otro ángel fuerte con el arco iris y el libro amargo. Esto es el santo papado con su grande apariencia espiritual. Éstos miden el templo y le imponen sus leyes, expulsan el coro y establecen una pseudo iglesia o santidad aparente.

En los capítulos 11 y 12 se intercalan entre tales aves terribles y plagas dos imágenes consolatorias. Una es la de los dos predicadores, la otra, la de la mujer encinta que da a luz a un hijo contra la voluntad del dragón. Con ello se indica que aún quedarán algunos maestros y

¹⁰ Ap. 6:10.

¹¹ Secta que prohibía el consumo de carne, vino y el contraer matrimonio.

¹² Ap. 9:6.

cristianos piadosos, tanto bajo los dos ayes anteriores, como también bajo el tercer ay futuro. Se juntan así los últimos dos y dirigen un ataque final a la cristiandad. Con ello el diablo remata su obra.

Después viene en el capítulo 13 (siguiendo la trompeta del último de los siete ángeles, que toca a principios del duodécimo capítulo) la tarea de este séptimo ángel, el tercer ay, a saber, el imperio papal y papado imperial. Aquí el papado se apodera también de la espada secular y reina, no sólo con el libro del segundo ay, sino también con la espada del tercero, según su jactanciosa pretensión de que el papa tiene en su poder tanto la espada espiritual como la secular. Ahí están pues dos bestias. Una representa el imperio. La otra, con los dos cuernos, significa el papado, que ahora ha llegado a ser también un reino temporal, si bien con la apariencia del nombre de Cristo, pues el papa restauró el caído imperio romano y lo traspasó de los griegos a los germanos. Pero este imperio, creado por el papa, es más bien una imagen del imperio romano que una reencarnación de aquel imperio antiguo. No obstante, da espíritu y vida a tal imagen, de modo que, a pesar de todo, tiene sus estados, sus leyes, miembros y oficios y en cierto sentido está funcionando. Esta es la imagen que fue herida y ha sanado.

No se puede contar ahora cuántas abominaciones, desgracias y daños ha hecho tal papado imperial. Por su libro ha sido llenado el mundo con toda clase de idolatría con monasterios, fundaciones, santos, peregrinaciones, purgatorios, indulgencias, celibato e innumerables otros artículos de doctrinas humanas y obras, etc. Por otra parte, ¿quién puede contar cuánta sangre, asesinato, guerras y desgracias han causado los papas, tanto al guerrear ellos como al enemistar a los emperadores, revés y príncipes entre sí? Aquí se manifiesta, pues, la última cólera del diablo en estas dos corrientes: allá, hacia el oriente, el segundo ay, Mahoma y los sarracenos; aquí, hacia el occidente, el papado y el imperio con el tercer ay. A esto se agrega por añadidura el turco, Gog y Magog¹³, como se verá en el capítulo 20. Y así la cristiandad de todo el mundo y por todos lados es atormentada por doctrinas falsas y guerras, por el libro y la espada, en la forma más terrible y miserable. Estas son las heces y la plaga final. Lo que sigue son en su casi totalidad imágenes consolatorias que anuncian la terminación de todos los ayes y abominaciones.

En el capítulo 14 comienza Cristo a matar primero a su anti-cristo "con el espíritu de su boca" (como dice San Pablo¹⁴). Viene el ángel con el evangelio y combate el libro amargo del ángel fuerte. Los santos y también las vírgenes rodean al cordero y predicán la verdad. A tal evangelio sigue la voz del otro ángel que anuncia la caída de la ciudad de Babilonia y la destrucción del papado espiritual. A esto se refiere también el capítulo 15, donde se hace la cosecha. Los que permanezcan en el papado contra el evangelio serán arrojados fuera de la ciudad de Cristo al lagar de la ira divina. Esto significa que por el evangelio son separados de la cristiandad y condenados para estar bajo la ira de Dios. Son muchos y mucha es la sangre que corre del lagar. Pero quizás exista aún un adecuado castigo y juicio por nuestros pecados, que son excesivamente numerosos y sobremaduros.

Después, en el capítulo 16, vienen los siete ángeles con sendas copas. Entonces se acrecienta el evangelio y se ataca al papado de todos lados, por medio de muchos predicadores doctos y piadosos. Y la silla de la bestia —el poder del papa— se empalidece y cae en desventura y desprecio. Mas todos se vuelven furiosos y se defienden fuertemente, pues salen tres ranas, tres espíritus inmundos de la boca de la bestia e instigando así a los reyes y príncipes contra el evangelio, inútilmente. La lucha se libra no obstante en Armagedón. Las ranas son los sofistas,

¹³ Ez. 38-39.

¹⁴ 2ª tes. 2:8.

como Faber, Eck, Emser, etc... que mucho croan contra el evangelio. Sin embargo, no consiguen nada y siguen siendo ranas.

En el capítulo 17 se comprenden en una sola imagen el papado imperial y el imperio papal desde el principio hasta el fin. En resumen, se presenta como no existente (puesto que el antiguo imperio ha pasado hace tiempo) y como existente (pues algunos países y la ciudad de Roma existen todavía). Tal imagen se presenta como se pone un malhechor públicamente ante un tribunal para ser condenado, para que se sepa que esa bestia también será condenada pronto, y como dice San Pablo, será destruida por el advenimiento futuro de nuestro Señor. Según el texto, lo empiezan los mismos patrones del papado que actualmente lo protegen, de modo que los clérigos quedarán prácticamente desprovistos de todo.

En el capítulo 18 comienza la destrucción. Se derrumba el magnífico esplendor y se acabarán los cortesanos que robaban las fundaciones y hurtaban las prebendas. Pues también Roma ha tenido que ser saqueada y asaltada por sus mismos protectores como comienzo de la destrucción final.

Empero, aún no se dan por vencidos. Hacen otra vez la prueba. Se alientan, se arman y se defienden. Como se dice aquí en el capítulo 19, cuando no consiguen ya nada con escritos y libros, y cuando las ranas ya no pueden croar más acuden a medidas más drásticas y quieren conseguirlo por la fuerza, reuniendo a reyes y príncipes para la lucha. Pero fracasan. El del caballo blanco, que se llama El Verbo de Dios, gana la batalla hasta que ambos, la bestia y el profeta, son prendidos y arrojados al infierno.

Mientras todo esto acontece, viene en el capítulo 20 también la última copa: Gog y Magog, el turco, los judíos rojos, traídos por Satanás, que ha estado preso hace mil años y ahora al cabo de estos mil años ha sido desatado. Pero irán con él pronto al lago de fuego. Opinamos que esta imagen, que está separada de las que le preceden, se ha puesto a causa de los turcos y que los mil años comienzan en la época en la cual ha sido escrito el libro en que también el diablo ha sido prendido, pero es preciso que la cuenta sea exacta hasta los minutos. A los turcos les sigue pronto el día del juicio final de este capítulo, como muestra también Daniel.

Por último, en el capítulo 21, se describe el consuelo final: la santa ciudad será completamente dispuesta y ataviada y conducida como esposa a la boda eterna. Cristo solo será el Señor y todos los ateos serán condenados e irán junto con el diablo al infierno.

Según esta interpretación, podemos sacar provecho de este libro y hacer buen uso de él, primero para nuestro consuelo, para que sepamos que ninguna fuerza ni mentira, ninguna sabiduría ni santidad, ninguna tribulación ni aflicción suprimirán la cristiandad, sino que al fin ella vencerá y obtendrá la victoria. Segundo, servirá de advertencia contra el gran escándalo peligroso y múltiple que hay en ella. Pues ya que fuerzas tan poderosas y renombradas luchan contra la cristiandad y ésta se halla escondida en apariencia tan humilde bajo tantas tribulaciones, herejías y otros defectos, le resulta imposible a la razón y naturaleza reconocerla, sino que tropieza y se escandaliza por ella: llama "iglesia cristiana" a lo que en realidad es el enemigo peor de la iglesia cristiana. Por otra parte, llama herejes condenados a personas que forman la verdadera iglesia cristiana. Esto sucedió hasta ahora bajo el papado, Mahoma, en fin, bajo todos los herejes. De esta manera pierden el artículo del credo: "Creo en una santa iglesia cristiana".

Lo mismo hacen ahora algunos sabiondos: como ven herejía, discordia y toda clase de defectos y observan que hay muchos cristianos falsos que viven una vida disoluta, juzgan precipitadamente que no hay cristianos. Han oído que los cristianos han de ser gente santa, pacífica, unánime, amigable y virtuosa. Por ello, creen que no debe haber escándalo, herejía e imperfección, sino solamente paz y virtud entre ellos. Estos deberían leer este libro y aprender a mirar a la cristiandad con otros ojos que los de la razón. Pues creo que este libro muestra

suficientes bestias terribles y monstruosas, demonios horribles y hostiles, plagas crueles y espantosas. No quiero hablar de los otros vicios graves y defectos que ha habido siempre en la cristiandad y entre los cristianos, de modo que ante tales cosas la razón ha tenido que perder de vista la cristiandad. Vemos claramente qué terrible escándalo y errores ha habido antes de nuestro tiempo cuando, sin embargo, se creía que la cristiandad se encontraba en estado inmejorable; tanto es así que en comparación con aquel tiempo el nuestro es un año de jubileo. ¿No crees que los paganos se han ofendido también por ello y han tenido a los cristianos por gente petulante, disoluta y pendenciera?

Este artículo "Creo en una santa iglesia cristiana" es igualmente un artículo de la fe como los demás. Por ello ninguna razón puede conocerla, aunque se ponga todos los anteojos. El diablo la puede cubrir con escándalos y facciones para que te ofendas por eso. Pero Dios también puede cubrirla con todas las imperfecciones y defectos, de modo que te volverás loco y te formarás un juicio equivocado respecto de ella. No puede ser vista, sino creída. Y la fe tiene que ver con cosas que no se ven, Hebreos 11, y canta con su Señor el cántico: "Bienaventurado es el que no halle tropiezo en mí". También un cristiano está oculto aun ante sí mismo, de modo que no ve en sí su santidad y virtud, sino sólo vicio y falta de santidad. Y tú grosero sabiendo, ¿querías ver la cristiandad con tu ciega razón y tus ojos impuros?

En resumen, nuestra santidad está en los cielos, donde está Cristo, y no en el mundo ante los ojos, como una mercancía en el mercado. Por consiguiente, deja que actúen escándalos, facciones, herejías e imperfecciones y obren lo que puedan. Si sólo la palabra del evangelio permanece pura entre nosotros y si la amamos y estimamos, no debemos dudar de que Cristo está con nosotros, aunque todo vaya de mal en peor. Como vemos en este libro que Cristo, pese a todas las plagas, bestias y ángeles malos, no obstante está con sus santos y obtiene la victoria final.